

COMENTARIOS MEDICOS

Una fecha como el 12 de octubre, dedicada o consagrada al culto de la raza, se presta a una serie de consideraciones de orden racial, acaso no desprovistas de fundamento y reforzadas hoy con la barbarie que vive Europa, cuna de lo que allá se ha llamado "civilización".

¿El descubrimiento de América por Cristóbal Colón y el dominio que luégo ejerció sobre ella la Corona de España, fueron ventajosos para esta parte del Continente desde el punto de vista de su población racial y desde el no menos importante de la higiene y de la patología?

De ninguna manera. Los primitivos pobladores de nuestro suelo, que vivían una civilización autóctona cuyo desarrollo y futuro hubiera sido imposible prever, fueron desalojados y martirizados por la violencia de una ambición apenas comparable a la que hoy registra Europa. A los primitivos y pintorescos caseríos, aglomerados a la orilla de correntosos y preciosos ríos se sucedieron las ciudades de aspecto y características medioevales, situadas lejos de ellos y planeadas con callejuelas estrechas y tortuosas. A la alimentación natural, rica como ninguna otra en esto que hoy la medicina aconseja como suprema panacea, la vitamina, le sucedió la alimentación europea, pobre en esos materiales y artificiada por una culinaria surgida de los gustos caprichosos y de los paladares inconformes. A la alimentación abundante y sin límites que producía un suelo virgen y cuyo cultivo no estaba limitado por la avaricia del señor feudal, le sucedió una alimentación de esclavos que apenas sí estaba constituida por manjares repugnantes que recibía el aborigen en pago del cultivo de una tierra que él había fecundado con su sangre y con su espíritu.

El maíz, pan y vino de América, alimento que brotó en su suelo, emigró poco después del descubrimiento, y fortuna fué que sus raíces pegadas a la entraña de la tierra, lo hicieran no desaparecer de nuestro Continente sino seguir por siglos alimentando a su pueblo. De otra manera hubiera corrido suerte igual a la del oro y todas las otras joyas que el europeo extrajo de sus conquistas en el territorio del hombre que llamó "salvaje". Al aborigen que vivía desnudo en la selva, alimentado por la acción del sol sobre la piel del indio, le sucedió el vestido del hombre europeo que cu-

bría con ricos ropajes sus instintos perversos y su saña feroz. Así se eliminó esa fuente inagotable de nutrición humana que radica en el sol, causa suprema de toda actividad y energía vital.

La medicina empírica y naturista de nuestros aborígenes, que había servido a ellos para contrarrestar las enfermedades que dormían sobre el suelo de América, emigró también de él y llegó a Europa para beneficiar a esa parte de humanidad de tantas dolencias que la azotaban desde siglos. La quina, droga heroica contra la malaria fué usurpada a los incas y aprovechada después por el hombre civilizado, que se hizo erigir estatuas con un descubrimiento que no le pertenecía. Otros febrífugos y muchos diuréticos también salieron de esta terapéutica indígena, que nosotros no conocemos todavía en sus verdaderos fundamentos y que posiblemente mañana sean adquisición tan preciosa como lo es hoy la alimentación del primitivo, a la cual busca acercarse el hombre civilizado.

Pero veamos si el conquistador hizo algo por la salud del sojuzgado y si los males que lo afligían encontraron oportuno remedio y prevención.

La medicina preventiva, es preciso anotarlo, no fué contemporánea de aquel siglo. Apenas sí ello se esboza en el siglo XIX, después de los memorables trabajos de Pasteur, y llega a su plenitud en la presente época. Pero había ya instituciones en Europa cuando el descubrimiento de América, como el hospital o los asilos, que sólo logran venir en defensa del habitante de estas tierras cuando ya el dominio de la colonia estaba bien cimentado y los inmigrantes y capitanes europeos necesitaban proteger a sus soldados enfermos. La vacunación contra la viruela, enfermedad que trajeron las remesas de esclavos africanos, sólo se aplicó aquí después de muchos años del portentoso descubrimiento de Jenner y cuando muchas epidemias de aquella temible enfermedad habían barrido la indefensa población indígena.

La patología propia del suelo americano, limitada apenas según autorizados historiadores, al paludismo y las micosis, se enriqueció después del descubrimiento con azotes como la sífilis, la lepra, la fiebre amarilla y el pian.

La sífilis, enfermedad propia del hombre llamado "civilizado", no fué importada de este continente, como lo pretenden historiadores europeos empeñados en borrar la vergüenza de sus antepasados. La sífilis vino de Europa y aquí encontró un terreno apropiado para desarrollarse entre los primitivos.

La lepra, el pian y la fiebre amarilla llegaron hasta aquí cuando el intenso comercio de carne humana, que buscó en el África los contingentes de esclavos para explotar el oro. Y seguramente, según muchos autores, la peste bubónica también llegó a este contin-

nente con el hombre que encontró en él riquezas y dejó sólo como huella de su paso la esclavitud y la tiranía.

Ahora esta América, después de cinco siglos, tiene su propia cultura; edifica una raza que tiene que defender de las inclemencias de su suelo y de las mil dolencias que sobre ella atrajo la penetración del hombre europeo, que ahora diz que intenta volver a la creación de sus colonias, pobladas ya de defensores de una libertad y una cultura surgidas del hombre americano.

Año tras año vengo asistiendo con creciente satisfacción a este desfile de juventudes que se verifica con motivo de la fiesta de la raza. (*¿De cuál raza?*, se debe preguntar).

Realmente es consolador en grado extremo ver este desfile de muchachos y muchachas que nada tiene que envidiar en su virtualidad biológica a los mejores ejemplares de otros países.

Cuando Alcides Arguedas tuvo la ocurrencia de pronosticar la supuesta decadencia de su pueblo, se puso también muy en moda entre nosotros la teoría de nuestra degeneración.

Fuí entonces —de esto hace ya diez y siete años— enemigo acérrimo de esta afirmación, que se colaba por entre la raza, como un complejo de inferioridad. “Higiene y educación es todo lo que necesita nuestro pueblo”, dije entonces en el famoso debate que se abrió en aquella época, desde el escenario del Teatro Municipal. Algunos científicos me acompañaron entonces; otros escurrieron el bullo o hicieron disertaciones que ni afirmaban ni negaban. Pero mi afirmación y convicción de hace diez y siete años tiene hoy su más estruendosa confirmación, en el desfile magnífico de quince mil niños cuya salud y educación vienen amparadas y dirigidas por el Estado desde 1930, época del nuevo gobierno que rige los destinos del país.

Los que nos ocupamos de medicina general, y especialmente los médicos escolares y los pediatras, tenemos ya documentación suficiente para decir si el colombiano en sus primeros años presenta un peso y una talla inferiores a las tablas que nos vienen de Europa. Esos documentos han de servir para devolver la fe en nuestra raza a los que la perdieron por la teoría de entonces.

Y no se me diga que el alto porcentaje de individuos rechazados para el servicio militar o que la enorme frecuencia de la caries dentaria en el niño colombiano prueban nuestra inferioridad. Ambas cosas ocurren hoy en proporciones alarmantes en pueblos de Europa o de América. En los Estados Unidos, por ejemplo, una reciente investigación sobre el estado de los dientes en la población escolar, ha dado cifras de caries que superan a las nuestras. A nadie se le ha ocurrido allá afirmar que esto sea efecto de degenera-

ción racial. Se busca ese factor en la alimentación y se explica por él, pero no se carga a la cuenta de la biología de una raza.

Si la escuela y la higiene siguen rigiendo en Colombia, la vida de sus hijos, nadie puede poner en duda que las actuales y futuras generaciones superarán a las que, hambreadas y enfermizas, van levantándose en Europa atormentada hoy por la guerra más cruel y salvaje que contemplan los siglos.

Jorge BEJARANO

